

RICARDO
RUIZ-TOLEDO



ROBERTO Y ÁFRICA



NOTA PARA LOS LECTORES

Los lugares donde se desarrolla esta historia son reales, por lo tanto, de todos.

Los personajes, todos, los he inventado yo, por tanto, son míos. Una vez que los conozcáis, también serán vuestros, pero tampoco serán reales.

I - LA CAÍDA

Capítulo 1

Me duele la cabeza... y el hombro izquierdo. Tengo que abrir los ojos. ¿Dónde estoy? Todo blanco. Tubos de neón en el techo. Apagados. La luz me viene de la izquierda. Hay una ventana, grande, los cristales cerrados. Parece ser mediodía, aunque con la persiana medio bajada vete tú a saber. Entre mi cama y la ventana, una mesilla de noche y otra cama, hecha, con colcha blanca. Todo blanco. Ah, la cama es articulada como... de hospital. Estoy en un hospital. ¿Por qué estoy en un hospital? ¡Joder, me pesa mucho la pierna izquierda y no la puedo doblar! Claro, está escayolada. ¿Cómo que claro? ¿Por qué está escayolada? ¿Qué demonios ha pasado? ¿Y África, estará bien? ¿Tengo clase hoy? Desde luego, algo me ha pasado. Venga, tío, no te angusties, si esto es un hospital habrá alguien que te pueda explicar lo que ha pasado y cómo estás. Pues llamo a la enfermera. ¿El timbre dónde demonios está? Aquí. ¡Uf, cómo me duele la cabeza!

La puerta situada frente a su cama se abrió y entró una enfermera. Roberto no vio más allá del uniforme. Ella, fría, profesional, tomó la tablilla colgada a los pies de la cama y preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—Me duele la cabeza, el hombro izquierdo, y tengo la pierna escayolada, pero lo peor es que no sé qué me ha pasado.

—Ha tenido un accidente, le han operado de urgencia la pierna y ahora se está despertando de la anestesia. El doctor Del Corral pasará dentro de poco y le dará más información. Yo le voy a traer un analgésico ahora mismo.

Roberto se puso nervioso y rozando la mala educación dijo:

—¿Cómo que he tenido un accidente? ¡No puede ser! ¿Que me han operado?, ¿por qué?

La enfermera, visiblemente molesta, insistió en que el doctor era quien le podía dar más explicaciones, ella ni debía ni podía dárselas.

Roberto hizo una última pregunta, algo que seguía sin recordar:

—¿Me puede decir por lo menos qué día es hoy?

—Hoy es 21 de enero de 2002, lunes.

Roberto se quedó boquiabierto al oírla. La enfermera aprovechó para desaparecer por la puerta, cerrándola tras sí.

¿Enero de 2002? Cálmate, Roberto, vamos despacio, a ver lo que recuerdo sobre quién soy, lo que hago... Nací en Pamplona en julio de 1953, recién acabados los Sanfermines. Pobre mamá, no creo que ese año los disfrutase mucho, aunque alguna corrida de toros ya pudo ver, supongo. Fíjate qué cosas, cuando ella vivía nunca se me ocurrió preguntarle eso. Por cierto, hace mucho que no voy a Pamplona, desde... desde que me hice militar. Cuando ingresé en la Academia, ETA me condenó a muerte, a mí y a todos mis compañeros de promoción. Leyeron todos los nombres en Radio Pirineo Independiente, por supuesto, una radio clandestina, y dictaron sentencia de muerte para todos. El mero hecho de la publicación, aunque ETA estaba entonces muy activa, no nos asustaba mucho, pero yo tengo

muchos primos por parte de madre en Pamplona y alguno, ya adolescente en aquellas fechas, empezaba a hacer comentarios «raros», así que para no tentar al demonio lo mejor era poner distancia en lo posible. ¡Qué pena!

Volvió a abrirse la puerta y entró la enfermera con el analgésico en un vaso pequeño de plástico y uno un poco mayor con agua. Con gesto seco se lo acercó a Roberto diciendo:

—Aquí tiene el analgésico.

—Gracias —respondió Roberto, cogiendo los dos vasos. Tomó la pastilla haciéndola pasar con un poco de agua y dejó el resto en el vaso, encima de la mesilla. Para cuando quiso sentarse derecho en la cama otra vez, la enfermera ya se había ido. Sin reparar en lo extraño de la actitud de la enfermera siguió con sus cavilaciones.

O sea, que soy militar, oficial de carrera. ¿Habré tenido un accidente relacionado con eso y por eso estoy hospitalizado? ¿Una caída de caballo? Ya puede ser. En los cuatro años de academia me caí unas cuantas veces, tan grande y tan torpe, pero, que yo recuerde, ningún hueso roto; lo más grave, la luxación del hombro izquierdo, y la recuerdo perfectamente, ya en Valladolid, en la Academia de Caballería. Bueno, no fue estrictamente en la academia, fue una tarde de «exteriores», en el campo. Íbamos los veinticuatro alumnos y el profesor bajando al galope una colina bastante empinada, y casi siempre en situaciones parecidas la cosa se desmadraba un poco. Además, la dirección que llevábamos era perpendicular a un riachuelo, nada, ni un metro de ancho, y ahí iba Roberto, «jinete valeroso y temerario», como reza el himno de Caballería, dispuesto a saltarlo. Lo malo fue que el caballo debía de tener otra idea, a lo mejor, como hacía frío no le apetecía mojarse, así que frenazo en seco al llegar a la orilla, salí por encima de las orejas y, como no solté las

riendas, para que el caballo no se escapara, la cabeza del húmero izquierdo se salió del sitio que la naturaleza le tiene asignado. Menos mal que uno de mis compañeros, Ricardo, se dio cuenta de que no era una simple caída, echó pie a tierra y con mucha sangre fría me preguntó que cómo lo arreglábamos; le dije cómo, tirando del húmero hacia arriba y hacia fuera. Milagrosamente, funcionó. Desde ahí un paseíto a pie con Ricardo hasta donde nos esperaban los soldados para recoger los caballos y los Land Rover para volver a la academia. A última hora de la tarde me llevaron al hospital militar, que era mucho más cutre que este, o sea, que no estoy ahí, ni es por eso por lo que estoy ahora aquí. Además, recuerdo estar destinado en Ceuta más tarde, de teniente. Allí el mayor peligro fue durante el curso de conductores de carros de combate, pero también salí ileso de esa batalla. Ceuta, allí conocí a África y allí nos casamos. Y luego ascendí y nos fuimos a donde me fueron destinando, siempre los dos juntos. Vamos, que soy militar de carrera y estoy casado con África. ¡Está enferma! ¿Cómo he podido olvidarme? Aunque, no, espera, «era» militar, comandante, hasta que lo dejé en el 97 porque África, el amor de mi vida, tiene cáncer y está prácticamente inválida en casa y yo quise estar con ella. Pero no está sola, a esta hora debe estar con Adela, su enfermera, su asistente, su dama de compañía, vamos, una joya. Así que hasta las tres de la tarde no hay prisa. Agua, tengo más sed. Vale, en la mesilla. A ver si la alcanzo con esta puta pierna. Menos mal que está a la derecha.

Consiguió beber el agua que restaba en el vaso y quedó de momento satisfecho, aunque un poco inquieto porque no le quedaba más y no le apetecía llamar a la enfermera otra vez. Continuó con sus recuerdos:

Pero ¿qué hago yo en la calle a estas horas? ¿No debería estar en la academia dando clase? No recuerdo haber salido de casa ni haber dado clase... Porque doy clases de matemáticas en la academia Marte a los aspirantes a ser oficiales del Ejército. Eso es. Unos meses después de dejar el Ejército, África, la pobre, ya estaba harta de verme dar vueltas por la casa como un león enjaulado o sentado en el ordenador, jugando, así que me sugirió que me buscara algo que hacer, algo que yo considerara satisfactorio para mí. Sus palabras fueron: «Es una lástima que un hombre como tú, con todo lo que puede aportar, se desperdicie encerrado en casa». Es un cielo. Siempre ha sabido cómo estimularme y sacar lo mejor de mí. Así que decidí volver a la enseñanza, eso sí, a tiempo parcial, y contacté con la academia donde yo había preparado la oposición para el ingreso en el Ejército. Por suerte, todavía estaba operativa; el director era militar también, al igual que varios profesores, lo que me facilitó las cosas, ya que hablamos el mismo idioma. La entrevista fue antes de acabar aquel curso y quedamos en que, si se cumplían sus previsiones de crecimiento en cuanto a número de alumnos y formaban un tercer grupo, yo me haría cargo de las clases de matemáticas del grupo de menor nivel, para irme rodando. Las previsiones se cumplieron, y en septiembre me llamaron. Clases los lunes, miércoles y viernes de diez a once y media y un sábado al mes de cuatro a ocho de la tarde para hacer un examen del tipo que se encontrarían los alumnos en Zaragoza. África feliz por mí, y yo, la verdad, volvía a sentirme realizado. Me encanta la enseñanza, eso sí, dirigida no a niños, que a esos no los entiendo, sino a jóvenes o adultos, personas con un cierto grado de responsabilidad y compromiso con lo que estudian.

Bueno, van saliendo cosas, pero algo se me escapa, tengo la sensación de que me falta algo. Tengo que descansar un rato, me estoy agobiando, pero..., si es la mañana de un lunes, voy a

llegar tarde a clase. A ver si viene pronto el doctor Del Corral, o sea, Andrés, mi amigo de toda la vida. Qué suerte que me haya tocado él, así me dará ya el alta, que por la tarde África tiene fisio-terapeuta porque... está enferma, tiene cáncer en los huesos de la cadera. Nos lo dijeron entre Andrés y el doctor Sánchez, el on-cólogo. Eso era en... octubre del 97, eso es. África llevaba meses, prácticamente desde que llegamos a Madrid, muy cansada; ella que es, era hasta entonces, un rabo de lagartija, con dolor en la cadera y adelgazando sin causa aparente, con lo que me gusta-ban a mí sus curvas, y cómo bailaba y se reía, siempre el alma de todas las fiestas... Pues todo eso se acabó. ¡Cómo la echo de menos! Ahora es casi un vegetal que no se puede mover sola de la cama, hay que llevarla a todas partes en su silla de ruedas. Menos mal que tampoco pide mucho, la verdad es que no se queja más que lo imprescindible, aunque, eso sí, tuvimos que adaptar un cuarto de baño para poder ducharla, claro que eso fue después de comprar el piso. De todo esto me acuerdo bien, pero... ¿enero de 2002? Vamos a echar cuentas: en el 97, en octubre, le dieron de plazo de vida de entre tres y cinco años. Pobre Andrés, no sabía cómo decírnoslo, ese día era más mi amigo que médico. Él quería decírmelo a mí primero, pero África se negó en redondo, insistió en saberlo todo la primera, ¡qué fuerte es! Y después ni una queja ni un llanto; por lo menos, delante de mí. E insistió en que fuéramos a comer codillo al Edelweiss, que nos gustaba a los dos, y vino blanco del Rin y así aprovechar que yo había pedido el día libre en la Escuela de Logística, donde era profesor, y aunque ya había empezado el curso, yo ese día no tenía clase. La verdad es que el jefe de estudios es un fenómeno, aunque sea de Artillería. El dolor de cabeza también se está pasando, pero recordar aquella comida me ha abierto el apetito. ¿Desde cuándo no como? A ver si viene Andrés de una vez, «el doctor Del Corral», qué importantes nos hemos hecho. Me acuerdo

cuando, en Preu, jugábamos juntos al baloncesto en el equipo del colegio de los Maristas, lo malos que éramos los dos, pero, eso sí, le poníamos mucha fe, aunque ni entre los dos conseguíamos parar a un tal Juanito Corbalán. Vaya palizas nos metía casi él solo dos veces al año.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por unos golpes en la puerta. Sin esperar respuesta, entró un sonriente auxiliar que, mientras desplegaba la mesita que tenía adosada la cama y ponía la bandeja encima de ella, le iba diciendo:

—Me ha dicho Lourdes que ya se había despertado hace rato, así que le traigo la comida. ¿Se encuentra bien? ¿Tiene apetito? No ha comido nada desde que le ingresaron de madrugada. Que aproveche. Si necesita algo más, llame al timbre. Hasta luego.

Roberto se sintió desbordado y no acertó a responder, pero el olor de la comida, pese a ser de hospital, sopa aguada, pescado a la plancha y un yogur natural, le hizo concentrarse durante unos minutos en dejar bien limpios los platos. Una vez satisfecho el cuerpo, volvió a la mente y se dijo:

Venga, Roberto, vamos a seguir intentando recordar; estábamos con la evolución de África, porque si estamos en 2002 el plazo máximo de cinco años está a punto de expirar. Joder, qué palabra más poco adecuada al momento, pero lo cierto es que se nos acaba el tiempo y ya no podemos hacer más. Por ella dejé mi carrera militar, que seguramente no habría sido gran cosa, pero me hubiera hecho ilusión ir unos meses a la base de la Antártida, y tanto estudiar inglés con el objetivo de ir a alguna misión en el extranjero para nada. Todavía me quedaban aventuras por vivir y ahora... Después de aquel maldito día había que tomar decisiones, y eran para el resto de la vida, no solo de la suya. Ya no podíamos ir con el hatillo de aquí para allá como a mí me gustaba,

y ella, siempre sonriendo: «Si tú eres feliz, yo soy feliz», es su frase ante todas mis decisiones profesionales. Nunca olvidaré su tristeza cuando le dije que dejaba el Ejército, tristeza por mí, no quería que me sacrificara, porque sabe que ha sido un sacrificio para mí dejar mi vocación para cuidar de ella, es la única vez que la he visto llorar, y era por mí. ¡Cuánto la quiero! Y así lo hice, aproveché que quitaron la mili obligatoria, que trajo como consecuencia una drástica disminución de la tropa y el consiguiente exceso de oficiales para prejubilarme en buenas condiciones. Ella decía que iba a cobrar menos y yo le contestaba que para los dos solos no necesitábamos más, si hasta nos compramos el piso y todavía nos quedaron algunos ahorros, gracias a ella, claro, que es una estupenda administradora, porque lo que es a mí, poco me importa el dinero. Y menuda despedida en la escuela. Me emocionaron, algo debí de hacer bien. Estaban todos, superiores, iguales y subordinados, compañeros todos, y todos con un recuerdo cariñoso y divertido, una palabra de amistad, un hasta siempre. Y luego, a casa.

Era invierno, de los fríos, y a pesar de ello en los jardines de la urbanización había críos, y donde hay críos está África, porque, aunque no hemos podido tener hijos, ella siempre se las arreglaba, mientras le aguantó el físico, para estar rodeada de niños o se buscaba un colegio donde dar clase o clases particulares o de voluntaria en alguna ONG..., de lo que fuera. Y ahora casi no puede ni darse la vuelta en la cama ella sola... Bueno, lo de ahora es un decir, porque para mí estamos en marzo de 2001. ¡Dios mío, no recuerdo nada de los últimos... diez meses! ¿Qué me ha pasado?

Sin previo aviso, de nuevo, se abrió la puerta y apareció Andrés casi llenando el hueco con su bata blanca. Detrás de él entró Lourdes, la enfermera. Andrés venía serio. Saludó a Roberto con un frío apretón de manos. Roberto, sorprendido, no supo cómo

reaccionar. ¿Dónde está su amigo? Otra pregunta sin respuesta, de momento. Tras un breve e incómodo silencio, Andrés, el doctor Del Corral, desde los pies de la cama dio el parte médico:

—Tienes el fémur izquierdo roto. Ha sido una rotura fea, con esquirlas desprendidas. Como venías inconsciente, he tomado la decisión de operarte de urgencia. Te he puesto una placa y quedará bien, pero necesitará tiempo —aquí puso más énfasis—, cuidados y esfuerzo por tu parte. O sea, de ti depende —volviendo al tono meramente profesional siguió—: Además, y esto es leve, tienes una contusión en la cabeza y otra en el hombro izquierdo, el que te operamos hace tiempo, pero ninguno de los dos, ni la cabeza ni el hombro, tienen daños más allá del golpe. Te van a doler unos días, pero con paracetamol pasará.

Roberto, tragándose las lágrimas por orgullo, consiguió preguntar:

—¿Has avisado a África? ¿Qué ha pasado, Andrés? Dímelo, por favor. No me acuerdo de nada de mi vida desde hace casi un año y llevo todo el día intentándolo.

Andrés frunció el ceño, apretó las mandíbulas y pidió a la enfermera que saliera. Una vez esta hubo cerrado la puerta, se encaró con Roberto y le dijo:

—Has chocado con una farola en la entrada de la plaza de Castilla a más de cien kilómetros por hora, ibas borracho y has estado a punto de matar a la jovencita que iba contigo. Todavía está en la UVI, aunque ya fuera de peligro. África —hizo una pausa para tragar saliva— murió en mayo del año pasado, y la verdad es que con la vida que llevas desde entonces poco te ha pasado.

Dos lágrimas corrieron por las mejillas de Roberto. Andrés se ablandó, se acercó a la cabecera de la cama y poniendo su mano sobre el hombro sano de su amigo le dijo que en ese momento tenía que marcharse, pero que volvería al acabar su turno para charlar más despacio. Si para entonces seguía sin recordar ese

lapso de tiempo, ya buscarían solución. No había prisa porque iba a estar una temporada hospitalizado.

Roberto no fue consciente de la despedida de Andrés. Al escuchar que África había muerto sintió como una explosión en su cerebro que le desconectó del presente. Los recuerdos fluyeron por fin libres.

A finales de marzo de 2001 África tuvo un bajón, el último. Pasó veinticuatro horas rabiando de dolor, la medicación que recibía ya no era suficiente, no quería comer y lo poco que comía lo vomitaba. No quería levantarse de la cama ni ver la televisión ni oír música, con lo que le gustaba, ni quería recibir visitas, hasta yo le molestaba. El oncólogo, que vino acompañado por Andrés, dictaminó que estaba llegando el final, que todo lo que se podía hacer era evitarle el espantoso sufrimiento que tenía. Andrés me dijo que no fuera egoísta, que no me empeñara en prolongar su vida, que la dejara ir en paz. Así se hizo: cuidados paliativos, morfina, prácticamente un vegetal.

El día 1 de mayo, martes, recuerda Roberto, África le llamó a su lado. Parecía que se encontraba un poco mejor, más lúcida.

—Tumbate a mi lado y abrázame, como antes, como siempre.

Roberto, con un nudo en la garganta y vacilando entre la esperanza de un milagro y la terrible sospecha de un final inminente, se tumbó a su lado y la rodeó con sus brazos. Estaba fría. Cerró los ojos y la apretó contra su pecho mientras le acariciaba el pelo, la cara.

—Qué bien se está así —dijo África.

Al cabo de un tiempo que a ambos se les hizo un instante y a la vez eterno, ella le dijo:

—Tenemos que dejar algunas cosas habladas.

—No hay prisa.

—Sí, sí la hay y lo sabes. Escucha: como no tengo familia, mis cosas personales dáselas a quien quieras, pero, aunque no sean gran cosa, me gustaría que se las dieras a alguien que las reciba con cariño o que realmente las necesite. Y no se te ocurra guardarlo todo como en un museo, ¿vale? No te estarás durmiendo, ¿verdad?

—No, mi vida, te escucho atentamente y te prometo que se hará como tú quieres, aunque el tema no me haga ninguna gracia.

—Muy bien, sigo. Te acordarás de que hace unos años fuimos al notario para hacer testamento los dos.

—Claro.

—Pues mi copia, junto a la póliza de mi seguro y un sobre para ti, está en el fondo de mi joyero, el de piel marrón que me regalaste en nuestro quinto aniversario de boda, que está encima de la cómoda. Seguro que no has visto los papeles.

—Seguro que no. Ya sabes que no me gusta tocar tus cosas, pero sé cuál es. ¿Qué quieres que haga con eso?

—¡Qué tonto eres a veces! Con el testamento, ahorrarte parte del impuesto de sucesiones, con el seguro, cobrarlo, y con mi carta, leerla. Pero, eso sí, para todo eso tienes que esperar a que me muera, ¿vale?

—¡Qué burra eres! —contestó Roberto al borde del llanto—. Anda, vuelve a los encargos, que me vas a hacer sonrojar.

—Sigues tan cortado como siempre. ¡Me encanta! A ver si encuentras luego una que te espabile —dijo África.

—No digas eso, mujer. Para mí solo existes tú —contestó Roberto al borde de las lágrimas.

África dijo dulcemente:

—Ya lo sé, y también sé que me estoy muriendo hace mucho, que me queda muy poco y que tú eres un hombre extraordinario que merece ser feliz. Por mi parte, lo he sido cada día que he pasado contigo. Me siento muy afortunada por la vida que he tenido, así que me voy en paz. Ahora tengo sed y estoy cansada,

así que dame un poco de agua de la que hay sobre la mesilla y déjame descansar un rato.

Roberto le dio a beber el agua y, antes de salir, le dijo:

—Hasta luego.

África le respondió con una sonrisa triste, que él interpretó como de cansancio y cerró con cuidado la puerta.

Al cabo de una hora Roberto volvió para ver cómo estaba. África tenía los ojos abiertos, pero no había luz en ellos. Roberto se sentó en la cama, a su lado, y se los cerró con cariño. Lloró silenciosamente mientras pensaba: «Adiós, mi amor, mi vida».

Capítulo 2

El ruido de la puerta al cerrarse sacó a Roberto de sus recuerdos. Debía de ser el auxiliar que le había traído la merienda. Al verla en la mesilla Roberto torció el gesto. La amargura se estaba apoderando de él y, lo que es peor, sabía que no había llegado al fondo del pozo. Con un esfuerzo se obligó a seguir recordando.

Poco antes de las tres, Adela llamó a la puerta del dormitorio donde estaban África y Roberto para preguntar si necesitaban algo antes de irse. Roberto salió de su ensimismamiento, se separó del cuerpo de África y abrió la puerta. Al verle la cara, Adela supo lo que había pasado. No obstante, preguntó:

—¿Ya?

—Sí.

Adela no lo dudó un instante. Sabía que tenía que quedarse. Se lo debía a África, que había sido una persona maravillosa. Otra vez lamentó no haberla conocido cuando estaba sana. Además, viendo el estado de decaimiento de Roberto, decidió tomar las riendas de la situación.

—Don Roberto —siempre le llamaba así. Nunca se habían dado confianza y él era tan serio y tan formal con todo el mundo,

menos con África, con ella era muy cariñoso—, siéntese en el salón. Voy a hacerle un café y luego voy a llamar al doctor Andrés.

—Gracias, Adela.

Cuando llegó Andrés, con un portafolios en la mano, Roberto seguía sentado en el sofá, con la mirada perdida y con el café, que le había traído Adela hacía rato, todavía sin probar en la mesa de centro. Andrés tuvo que tocarle en el hombro para que se diera cuenta de que estaba allí. Roberto le miró, se levantó y se encaró con él preguntando: «¿Por qué?».

Andrés supo al instante que la pregunta ni iba dirigida a él ni requería una respuesta. Lo vio en la expresión de furia de su amigo, los ojos inyectados en sangre, la rigidez de los músculos, todo le decía que Roberto había tomado el camino de la rabia, de la rebelión, ante lo que consideraba una injusticia de Dios o del destino. Los esperaban tiempos duros. Intentó abrazarle, pero Roberto le rechazó, no quería consuelo. Desde el umbral del salón, donde todavía estaba Adela después de abrir la puerta a Andrés y acompañarle hasta el salón, asistía impresionada a la escena; dos hombres tan grandes forcejeando, uno, para abrazar, y el otro para no ser abrazado. Finalmente, Roberto se destensó un poco y se dejó abrazar, aunque no correspondió al abrazo. Tras un momento se separaron, y Andrés le preguntó en un intento por distraerle:

—¿Has comido algo?

—No, ni me apetece.

—Pues tienes que comer. Todavía te queda mucho por pasar, y tu cuerpo y tu mente necesitan energía. Te lo digo como médico. No quiero que te derrumbes ahora —y continuó, dirigiéndose ahora a Adela—. Por favor, prepárele algo caliente, un caldo o así, y una tortilla con jamón, por ejemplo.

—Ahora mismo. ¿Usted quiere algo? ¿Se lo traigo aquí?

—Sí, aquí está bien. Para mí nada, gracias. Y cuando lo traigas yo me iré... ¿al dormitorio?